

¿Un caso de emigración cultural? Los sudistas confederados y el Brasil de su llegada (1860-1870).

Ricardo Pérez Gómez
[rperezg58@yahoo.es]
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, Venezuela.

Resumen

Se analiza el contexto histórico de la emigración de ciudadanos de los estados del sur de EE.UU. que optaron por abandonar su país a raíz de la derrota del bando confederado en la guerra de secesión. Se ahonda en las razones que parecen explicar este fenómeno más como una emigración motivada por razones de mentalidad y de valores que por razones económicas, políticas o de discriminación social o religiosa. Se resumen las causas por las que muchos optaron por Brasil, así como las primeras impresiones que tuvieron sobre la naturaleza y vida cotidiana de su nuevo hogar, las que se interpretan desde una óptica en la que los valores y mentalidad religiosa juegan un papel principal.

Palabras clave: Historia de las migraciones; Vida cotidiana; Sudistas Confederados; Pedro II de Brasil.

Abstract

¿A case of cultural emigration? The confederates of the south and Brazil of their arrival (1860-1870).

A description of the historic context of the migration of Southerners after the Confederate army defeat in the Civil War is done. The analysis explains the reasons for that migration due to cultural motives and mentalities more than others related to economic, politic o social reasons. The question why much Southerners choose Brazil as their new home is answered. Perceptions Southerners had about the Brazilian wild life and forests, agriculture and economic environment, as well as about social issues and stereotypes about Brazilian day to day life in comparison with Southerners traditions are also analysed. Roles of religion and mentality are discussed.

Keywords: History of migrations; Daily life; Confederate Sudists; Pedro II of Brazil.

Recibido: diciembre 2017.

Aprobado: febrero 2018.

Introducción

La idea de emigrar a las lejanas Américas tuvo, sin duda, una fuerza enorme que se instaló en las mentalidades de muchas gentes de los otros continentes. Las Américas se constituyeron en la tierra donde quedaba no sólo el Dorado, sino hasta la Utopía. Tanto así que tuvimos inmigraciones de lo más sui generis, por decirlo de alguna manera, como la de la hermana del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, Elizabeth, y su esposo Bernhard Forster, quienes se trasladaron con un grupo de connacionales alemanes a Paraguay (1887), en un intento por implantar las teorías raciales del filósofo en un entorno virgen, para así crear un experimento social y dar lugar a la Nueva Germania. No menos fanático fue el medio millar de anarquistas australianos dirigidos por el periodista William Lane que se trasladaron en 1893 con equivalentes proyectos utópicos también a Paraguay.

Mas sin llegar a estos curiosos extremos, hemos recibido en estos lados del Atlántico a grupos de migrantes que dejaron sus ancestrales tierras no por hambre ni por política... sino para no tener que dejar sus tradiciones y costumbres. Se trata de lo que podríamos denominar emigrantes culturales: en esta categoría entrarían los menonitas rusos y canadienses emigrando a Suramérica; los galeses saliendo de Gran Bretaña en el siglo XIX, huyendo hastiados de la intromisión de los ingleses en sus costumbres y tradiciones; los Boers surafricanos de principios del XX, huyendo también de las pretensiones inglesas y temerosos de perder su identidad; y los “pied noirs” de la Argelia francesa al obtener el país norafricano su independencia política y darse cuenta, de repente, que no eran bien recibidos por sus compatriotas franceses del otro lado del Mediterráneo, siendo eufemísticamente “orientados” por su propio gobierno a emigrar a la Argentina.

En esta misma categoría también se hallan los estadounidenses del derrotado bando confederado que emigraron al término de su guerra de secesión huyendo de la por ellos prevista como horrible asimilación cultural que les esperaba a manos de sus enemigos yanquis. En este ensayo estudiaremos las características de esta emigración de confederados al Brasil. En este viaje trataremos de descubrir también las formas de vida cotidiana de los naturales del país al que llegaban, y cómo eran vistas por los inmigrantes desde sus propios valores y costumbres. Se trata, pues, de un ensayo de historia social en la medida en que, analizando un proceso migratorio, nos metemos en las mentalidades de confederados y brasileños de mediados del siglo XIX, a través del descubrimiento de sus vidas cotidianas.

El interés académico por la emigración de los confederados comenzó a principios del siglo XX, cuando la American Geographical Society envió en 1918 un comité explorador a Brasil, para indagar sobre lo que había ocurrido con los emigrados confederados, emitiendo un reporte bastante superficial y con connotaciones racistas. El historiador Lawrence Hill fue el primer académico estadounidense en publicar un artículo referido al tema en *Hispanic American Historical Review*, mayo 1927; algunos artículos más en *Southwestern Historical Quarterly* publicados hasta 1936. Otros también publicaron trabajos sobre la emigración confederada durante esos mismos años; en la década de los 40 y 50 se publicaron los primeros trabajos sobre los confederados que emigraron a México y Honduras Británica; en 1965 apareció el primer trabajo sobre la emigración de confederados a Venezuela, *Confederate exiles in Venezuela*, de Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna; y en la década de los 90 aparecieron también estudios sobre la emigración confederada a Canadá y Perú.

Pero no será sino hasta 1947 que aparece el primer trabajo escrito por un historiador brasileño, Jose Arthur Rios, titulado “Assimilation of emigrants from the Old South in Brazil”, en la revista *Social Forces. Os pioneiros americanos no Brasil: educadores, sacerdotes, covos e reis* (1972), de Frank Goldman; y *Confederados em Santarem* (1979), de Norma de Azevedo Guilhon, dos estudios sobre el tema de notable éxito académico en

Brasil. En nuestra investigación buscaremos, en primer lugar, entender el contexto histórico y las causas del proceso de emigración por parte de los confederados de los estados del Sur de USA al término de la guerra de secesión norteamericana; después, conocer las experiencias personales de estos emigrantes en su odisea hacia y en Brasil y de sus descendientes hasta el día de hoy y, por último, identificar las costumbres y tradiciones reflejadas en la vida cotidiana brasileña de la época que mayor impacto causaron en este grupo de inmigrantes y viceversa, o sea, los aportes que éstos dejaron en la sociedad del país receptor.

Fuentes principales

Para atender al primero de los objetivos planteados se escogió como fuente principal del estudio la obra de Cyrus y James Dawsey, *The Confederados. Old South immigrants in Brazil*, publicada en 1995. Esta publicación recoge una serie de ponencias presentadas en un simposio celebrado en 1992 sobre la emigración de ciudadanos de los confederados al Brasil. El evento se efectuó en Auburn University y estuvo organizado por el Institute for Latin American Studies de la Alabama Humanities Foundation. No es casual que Alabama fuese sede del simposio, pues fue éste uno de los estados confederados del que partieron mayor número de emigrantes hacia Brasil.

En total se recogen once trabajos de investigación más tres ensayos de opinión que tocan distintos aspectos de la emigración al Brasil: contexto político, económico y social en el que se dio la emigración; el viaje en barco hasta llegar a Brasil; exploración de las regiones brasileñas y la ubicación de los primeros asentamientos de colonos; la inmigración confederada analizada en el contexto del capitalismo atlántico de su época; contribuciones de los inmigrantes a la sociedad brasileña; relevancia de la religión en la inmigración confederada; evolución de las colonias a lo largo del tiempo; adaptación a la vida brasileña; conservación de sus costumbres, identidad y lenguaje, entre otros. Son varios tópicos que se describen y comentan por parte de una decena de investigadores, entre los que se hallan descendientes de tercera y cuarta generación.

Esta fuente reporta multitud de referencias originales escritas en la época de la emigración, tanto por los mismos emigrantes como por los agentes exploradores y sociedades colonizadoras que ellos contrataron, por los periodistas estadounidenses que reflejaron estos sucesos y por los funcionarios brasileños con quienes entraron en contacto a su llegada. El libro incluye también el diario de una niña, Sarah Bellona Smith, considerado como el relato autobiográfico más importante de todos los que escribieron los primeros emigrantes, y que fue publicado en varias partes en 1916, siendo su última revisión hecha por la misma autora, poco antes de fallecer. Fue publicada en 1943¹.

Después de revisar esta fuente, y teniendo ya una idea general pero bastante precisa del proceso de la emigración confederada al Brasil, se acudió a una fuente primaria como es el libro escrito por uno de los más famosos y controvertidos agentes exploradores y líderes de los emigrados, el reverendo Ballard S. Dunn, titulado *Brazil, the home for Southerners*, publicado en 1866 en Nueva York. El reverendo Dunn salió hacia Brasil como agente explorador el 28 octubre de 1865. Dunn era rector de la iglesia de St. Phillips en Nueva Orleans y había tenido varios desencuentros con otros predicadores sobre liturgia lo que,

¹ Entre los escritos autobiográficos de los confederados en Brasil se pueden citar *Ten months in Brazil*, de John Codman, *Year in Brazil*, de Hasting Charles Dent, *Our life in Brazil* de Julia Keyes y los diversos escritos de George Scarborough Barnsley que se encuentran dispersos en varias universidades estadounidenses. También hay documentos primarios en el Archivo Nacional de Brasil en Rio de Janeiro, en el Archivo de Sao Paulo, en el Archivo del Instituto Historico Geografico Brasileiro y en el Archivo de Itamaraty. Los colonos también publicaron sus experiencias en artículos de prensa enviados a periódicos estadounidenses.

aparentemente, le motivó a buscar audiencias más receptivas en las que predicar entre los confederados deseosos de emigrar. Dunn examinó los territorios próximos a la costa de las provincias de Rio de Janeiro y Espirito Santo, pero finalmente decidió comprar tierras en la zona de Iguape, provincia de Sao Paulo, uniendo esfuerzos con James McFadden Gaston, otro agente explorador. En total fueron 614 mil acres y la colonia se llamaría Lizzieland en honor a su esposa Elizabeth. Dunn regresaría a los EE.UU. en enero del año siguiente para publicar su reporte de exploración, que es la fuente que estamos estudiando en el presente ensayo.

En su extenso reporte de casi 300 páginas y más de 50 mil palabras, Dunn incluye varios temas: a) la desesperante situación existente en los estados del Sur al terminar la guerra civil y las visiones encontradas sobre la emigración a Brasil, b) la constitución y el gobierno brasileños, sus distintas provincias, su idioma, c) las características de la zona escogida para establecer la colonia confederada en Brasil, d) el clima y la temperatura, e) los trámites efectuados ante a las autoridades brasileñas, f) la mano de obra en Brasil, g) el cultivo del algodón en Brasil, y h) importaciones y exportaciones brasileñas.

Dunn anexa en su informe registros estadísticos oficiales bastante minuciosos sobre las condiciones climáticas de todos y cada uno de los días entre diciembre de 1859 y noviembre de 1860, ambos meses incluidos; así como también veinte páginas de estadísticas de todo tipo sobre importaciones y exportaciones en Brasil, por país de origen y destino, por rubro, por puerto de embarque y desembarque, indicando volúmenes y valores de los productos y transacciones. También incorpora cartas dirigidas a las autoridades brasileñas, concretamente al Director de Tierras Públicas y al Ministro de Agricultura. Se trata de comunicaciones escritas por él mismo y por otros agentes de los emigrados confederados. Con éstos entró en contacto y le facilitaron copias de sus misivas. También incluye cartas diversas que ciudadanos del Sur de EE.UU., residenciados en Brasil mucho antes de la guerra civil, le dirigieron, dándole sus opiniones sobre el país; también varios artículos de prensa. En conclusión, se trata sin duda de un informe bastante amplio.

Una segunda fuente primaria consultada fue la obra de los reverendos James C. Fletcher y Daniel P. Kidder titulada, *Brazil and the Brazilians*, más concretamente en su octava edición del año 1868. Fletcher, al contrario de Dunn, no era un predicador cualquiera pues había cursado estudios universitarios en prestigiosas entidades como Brown y Princeton, y había visitado también Europa. En 1851 viajó a Rio de Janeiro como misionero protestante donde permaneció hasta 1854. Regresó a USA pero volvió un año más tarde como agente de una sociedad educativa protestante norteamericana. Con este soporte llevó a cabo un recorrido de más de cinco mil kilómetros por Brasil que le tomó dos años. Con toda esta información, más la proporcionada por el también misionero protestante Daniel P. Kidder, escribió la primera edición de *Brazil and the Brazilians*. Unos años más tarde, 1862, Fletcher remontará el río Amazonas hasta la frontera con Perú con fines científicos. Fletcher regresó de nuevo a Brasil en 1868 donde estuvo por dos años desarrollando actividades como agente de la American Tract Society, organización protestante evangélica estadounidense, enfocada en la divulgación y distribución de textos religiosos.

En total se trata de una obra de 637 páginas y más de 240 mil palabras, con 150 gráficos e ilustraciones; asimismo una valiosa sección de apéndices con data y registros estadísticos sobre pesos y medidas, demografía, comercio, minería, historia natural y climatología. Su éxito se ve reflejado en que en menos de diez años tuvo ocho ediciones siendo considerado por sus contemporáneos. Todavía hoy es uno de los más valiosos referentes para el conocimiento del Brasil de aquellos años². Fletcher y Kidder tocan una

² Otros textos sobre Brasil fueron publicados por aquellos mismos años en Europa y Norteamérica, lo que indica el interés que existía sobre el país. Entre ellos, la misma editorial de Fletcher menciona *The Naturalist*

amplísima variedad de temas en los veintiséis capítulos de los que consta la obra con una narrativa cercana al lector, descriptiva y respetuosa con la nación visitada, sus pobladores y sus costumbres. Sin pretender ser una obra científica, Fletcher aporta significativa información sobre geografía, flora y fauna del país que, si bien desde los ojos de un extranjero neófito en las materias, no deja de reflejar la comprensible ingenua mentalidad con la que cualquier extraño evalúa y se asombra de las primeras cosas observadas en las nuevas tierras a las que se asoma.

Lo mismo ocurre cuando nos narra los hábitos y costumbres de la vida cotidiana de los brasileños, sus tradiciones religiosas, sus instituciones políticas. Son los ojos de dos estadounidenses de mediados del siglo XIX, hombres cultos y juiciosos al tenor de lo que escriben y cómo lo escriben, pero extranjeros al fin... y, sobre todo, anglosajones y protestantes. A lo largo de la lectura de *Brazil and the Brazilians* es fácil identificar prejuicios y estereotipos en las narraciones de sus autores, pero por lo general también identificados y asumidos por ellos mismos, lo que añade un valor de objetividad importante a la fuente. No se trata en momento alguno de prejuicios sectarios, si bien que la confrontación intelectual entre catolicismo y protestantismo se hace notoria en algunos párrafos.

Por último, la cuarta fuente de referencia consultada es *The lost colony of the Confederacy*, de Eugene C. Harter, publicada por primera vez en 1985. Harter es nieto y bisnieto de inmigrantes confederados en Brasil. Nació y vivió su infancia allí hasta que sus padres decidieron irse a EE.UU.³ Harter hizo carrera como periodista y diplomático, llegando a ser nombrado cónsul en Brasil durante los años 70. Su visión es un resumen tanto de sus recuerdos de infancia, como de sus experiencias en el reencuentro con familiares y amigos a su retorno a Brasil. Nos ilustra de lo que queda de la identidad confederada en la ciudad de Americana, la única de las colonias que logró prosperar y convertirse en una metrópoli paulista de más de doscientos mil habitantes al día de hoy.

El contexto y las causas de la emigración confederada

La Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) dejó una total devastación económica en los derrotados estados del Sur. La destrucción del Sur no fue sólo por la guerra sino por la rapiña de los ejércitos nordistas durante la misma e inmediatamente después de ella. La economía estaba en bancarota -seiscientos dólares confederados se cambiaban por tres dólares yanquis- y aun así tenían la visita de los recaudadores de impuestos llegados del norte para hacerles pagar los gastos de la guerra; además de que les compraban las propiedades a precios ridículos para especular y revenderlas con grandes ganancias. Una nueva clase de pobre aparecía en el Sur entre los hombres que hasta hace poco eran respetables ciudadanos. Esto llevó a muchos a pensar en la emigración, pues había la sensación de que la población civil era desatendida por las nuevas e impuestas autoridades yanquis⁴; algunos estiman que durante los años de la postguerra, conocido como el Periodo

on the River Amazons, escrito y publicado en 1863 por el naturalista Henry Walter Bates, *Deux années au Bresil*, del francés Francois-Auguste Biard publicado después de su estadía en Brasil entre 1858 y 1860, *Scientific results of a journey in Brazil*, del suizo Louis Agassiz publicado en 1870, y *Reise durch sud Brasilien*, del médico alemán Robert Ave Lallemand publicado en 1858.

³ Otros trabajos escritos por descendientes de los inmigrantes confederados son *Soldado descansa! Uma epopeia norte americana sob os ceus do Brasil* (1967), de Judith MacKnight Jones, y *O ultimo confederado na Amazonia* (1983), de David Bowman Riker.

⁴ "Why should we remain in a country, where we find that there is neither present, nor prospective, security, for life, liberty and property? (...) exorbitant taxes (...) our subjugation (...) butchering our kindred,

de la Reconstrucción, hasta tres millones de sureños dejarían sus pueblos y ciudades para trasladarse a otros lugares, bien fuese dentro del mismo Sur –sobre todo a Texas– o a cualquier otra parte del país, incluyendo a las mismas odiadas y denostadas ciudades yanquis del Norte, en búsqueda de mejores condiciones socioeconómicas⁵.

Las represalias contra el presidente confederado Jefferson Davies, el general Robert Lee y otros oficiales confederados, así como la declaración automática de culpabilidad contra alrededor de ciento cincuenta mil ciudadanos del Sur (considerados responsables por la guerra sin juicio previo y desposeídos de su ciudadanía, amén de la exigencia legal de tener que pedir perdón públicamente para poder optar al derecho de recuperarla), alienaron a muchas familias confederadas del gobierno de Washington y ayudó a que se extendiera un sentimiento favorable a la emigración. Esta combinación de calamidad económica, trauma emocional y resentimiento político promovería la emigración hacia el oeste de la Unión y hacia el extranjero; movimiento migratorio que en algunos estados como Carolina del Sur y Alabama llegó a representar hasta el 10% de su población. Se calcula que aproximadamente diez mil decidieron emigraron fuera de los EE.UU., la mayoría a México, Honduras Británica y Brasil⁶, aunque también lo hicieron a Canadá, Perú, Venezuela, Cuba, Bahamas y hasta Egipto.

Desde antes de la guerra ya existía un interés político en USA por Brasil. Por ejemplo, Matthew Fontaine Maury, explorador, oceanógrafo, y posteriormente oficial naval confederado, tras pasar varios años en Brasil en la década de 1830, propuso incorporar la cuenca del Amazonas dentro de la órbita comercial del Sur; y a principios de 1850, el también explorador naval e igualmente sureño William Lewis Herndon, recorrió el Amazonas, viaje de cuyas impresiones entregó un reporte al gobierno estadounidense, redactado bajo los designios del Destino Manifiesto⁷, del cual el Senado ordenó publicar y repartir diez mil copias. Las opiniones sobre Brasil eran muy favorables. Pese a ser una monarquía, era visto en EE.UU. como un ejemplo de legalidad, tranquilidad y progreso, en comparación con aquellas incivilizadas repúblicas hispanoamericanas caracterizadas por su inestabilidad política y la arbitrariedad de sus caudillos⁸. Si a esto se le añade su tamaño geográfico y la cantidad y variedad de sus recursos naturales, se tenía la expectativa de que se convertiría muy pronto en un gran país desarrollado⁹.

En contra de lo que pueda imaginarse, la esclavitud parece que no fue un gran motor para la emigración al Brasil, pues aunque ésta era una nación aún esclavista y el precio de los esclavos era casi la mitad del precio que tenían en el Sur, la compra de nuevos esclavos suponía disponer de un capital adicional que no todos los emigrantes tenían entonces. El agente James McFadden Gaston propuso al Ministro de Agricultura brasileño, la

destroying our cities and towns, our fields and firesides; and insulting our women, as they robbed, and turned them, and our little ones, out into the storm and night?”, Ballard S. Dunn, *Ob. Cit.*, p. 5.

⁵ Eugene C. Harter, *The lost colony of the Confederacy*, p. 11.

⁶ Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey “Leaving. The context of the Southern emigration to Brazil” en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 11-23.

⁷ Algunos opinan que la emigración confederada a México, el Caribe y Suramérica estuvo promovida por una especie de “Destino Manifiesto Sudista”. Ver Justin G. Horton, “The second lost cause: post national confederate imperialism in the Americas”, *Electronic Theses and Dissertations*.

⁸ “*The River Plate is a nest of petty republics constantly at cross purposes, and without any combined plan of material progress; Monte Video, a state bankrupt in everything but oppression; and the other republics of South America, smouldering volcanoes, ready at any momento to vomit forth anarchy and bloodshed*” en Ballard S. Dunn, *Ob. Cit.*, p. 248.

⁹ “*Dom Pedro II, (...) under whose constitutional rule civil liberty, religious toleration and general prosperity are better secure than in any other Government of the New World, save where the Anglo Saxons bears sway*”, en James C. Fletcher y D. P. Kidder, *Brazil and the Brazilians*, p. 23

contratación de antiguos esclavos del Sur para que fungieran como capataces en las plantaciones brasileñas, pero éste no aceptó temeroso de que los esclavos brasileños se contagiaran del nuevo espíritu libre de los que irían a ser sus supervisores en la hacienda. Aún así, algunos confederados se fueron a Brasil llevándose a sus antiguos esclavos, quienes prefirieron acompañarles antes que quedarse en el Sur como hombres libres. Algunos de éstos llegarían con el tiempo a adaptarse plenamente a la sociedad brasileña alcanzando a convertirse en propietarios de haciendas y compañías de transporte. Si la existencia de la esclavitud hubiese sido un motor importante para decidirse a emigrar, entonces hubieran preferido hacerlo a Cuba donde la esclavitud estaba también permitida y se encontraba más cerca. Tampoco el precio de la tierra parece haber sido un motivador suficiente para dirigirse a Brasil, pues, las tierras en venta en el Oeste norteamericano eran más baratas que las brasileñas. Por último, si el Oeste era tierra desconocida para aquellos sureños confederados, ¿qué no decir del Brasil!

Ciertamente, Brasil tenía ventajas que fueron ampliamente publicitadas por los agentes exploradores en los periódicos, como por ejemplo las referidas a las oportunidades para el cultivo del algodón, producto emblemático de los estados confederados. La productividad del cultivo del algodón era mucho más alta en Brasil que en el Sur. Se sembraba cada cinco años y no anualmente como en el Sur, por lo que los costos de siembra se reducían considerablemente, se cosechaba dos veces al año y no sólo una, con lo que su rendimiento se duplicaba, y su calidad y precio de venta en Inglaterra eran mejores. Todo ello con una tecnología menos desarrollada que la que se disponía en el Sur. El valor de las exportaciones brasileñas de algodón se había triplicado en la última década convirtiéndose después del café en el rubro más importante. Además, Brasil contaba con varias líneas de ferrocarril -y otras en proyecto o construcción- que conectaban los centros de producción agrícola con los puertos marinos, así como un importante y creciente comercio internacional que conectaba Rio de Janeiro con dieciocho puertos de Europa y Estados Unidos. En 1864 se inauguró la primera línea de navegación entre los puertos de Rio y Nueva York sin necesidad de pasar por Europa, como hasta entonces.

Los asentamientos en Brasil: crónica de una muerte jamás anunciada

Fue Pedro II de Brasil el que más promovería la emigración de los confederados¹⁰, a quienes pondría a sus órdenes un confortable hotel en Rio de Janeiro al momento de su llegada para su alojamiento provisional. Además, Brasil había apoyado al Sur durante la guerra cuando reconoció su status de beligerancia y haber dado protección a los barcos confederados en sus puertos. A finales de 1865, el general confederado William Wallace Wood, se dirigió a Brasil junto con otros siete agentes, en representación de diecinueve sociedades colonizadoras con la misión de organizar la emigración y asentamiento de once mil familias sureñas. El 3 de octubre de 1865, William Wallace Wood, arribó a Rio junto con otros sudistas y fueron recibidos en el puerto con una banda de música tocando “Dixie”. Pedro II nombró a Wood comisionado en EE.UU. para la promoción de la emigración a

¹⁰ “A large society for promotion of the emigration has been organized, and some of the ablest and most honored personages in the country appointed its directors. Its special objects are to aid and take care of the foreigner on his landing, to protect him from want as well as from the frauds of the designing, and to vindicate his rights and privileges before the government (...) and there is a spontaneous movement of the whole Empire to open wide its arms for the men of enterprise and labor of all nations” en Ballard S. Dunn, *Ob. Cit.*, p. 243 y 244.

Brasil¹¹. El New York Herald publicó que hasta cincuenta mil confederados podrían irse a Brasil.

En total, se estima entre dos mil y cuatro mil el número de confederados que llegaron a Brasil en los dos o tres años después de terminar la guerra en 1865, de los cuales casi la mitad regresarían a EE.UU. en la década siguiente, lo que evidencia que su adaptación no fue tan fácil ni exitosa como se les auguró. Fue muy común que cuando los líderes del grupo de emigrantes fallecían o se regresaban a EE.UU., entonces el resto de los colonos que habían emigrado con ellos, también se regresaba, o se mudaba a otra colonia confederada o se iba a vivir a algún centro urbano en búsqueda de nuevas oportunidades.

La travesía en barco no siempre fue grata, pues hubo embarcaciones que encallarían en Cuba, como la del grupo de Sarah Bellona Smith; otras se perderían en el mar hasta llegar a las costas africanas de la isla de Cabo Verde, y alguna fue diezmada por la epidemia de la viruela. Pero en total llegaron a fundarse siete asentamientos o colonias agrícolas de emigrantes en Brasil.

La colonia de Santa Bárbara, en el norte de la provincia de Sao Paulo, fue fundada (1867) mayormente con confederados de Alabama liderados por el coronel y senador estatal William Norris. La región de Santa Bárbara era muy parecida geográficamente al sur de Alabama. En la década de 1870 el ferrocarril llegó cerca de la colonia y los confederados comenzaron a mudar sus casas a las proximidades de la estación de tren, por lo que el asentamiento comenzó a denominarse *A Estacao* y con el pasar del tiempo llegará a ser lo que hoy es la ciudad de Americana.

Otras tres colonias se fundaron en las riberas de río Iguape, sur de Sao Paulo, lideradas por el predicador Ballard Dunn y los oficiales sudistas Frank McMullan y James McFadden Gaston. Dunn creó en 1867 una colonia en Juquia. Por su parte, Frank McMullan con ciento cincuenta y cuatro familias, la mayoría tejanas, fundó también en 1867 la colonia de New Texas; mientras que Gaston, oriundo de Carolina del Sur, fundaba su asentamiento en Xiririca. Estas tres colonias nunca lograron atraer a una cantidad suficiente de colonos como para tener una base para sustentar una línea de embarcaciones que transportase su producción a las ciudades y puertos, por lo que comenzaron a decaer.

Otra colonia se creó en la provincia de Paraná promovida por John Blue y su hijo (1865), y llegó a tener doscientos inmigrantes, la mayoría de Missouri, tampoco llegó a prosperar. Otra más se organizó cerca del lago de Jupuraná, en Rio Doce, norte de Rio de Janeiro, liderada por el coronel Charles Gunter, con un grupo de doscientos inmigrantes provenientes de distintas regiones del Sur. Estaba en una región semisalvaje y los colonos tendrían que acostumbrarse a condiciones de vida más duras de las que habían vivido en el Sur antes de la guerra. En 1868 la colonia de Rio Doce comenzó a decaer a consecuencias de la malaria y de una terrible sequía.

Por último, tenemos la colonia de Santarem en la región amazónica, con emigrantes provenientes en su mayoría de Alabama, de historia muy peculiar. El asentamiento de Santarem tuvo un líder muy diferente, Lansford Warren Hastings, oriundo de Ohio y no del Sur, si bien que casado con una mujer de Alabama -hija por cierto de una venezolana-, ya había emigrado a Oregon y California en 1842 donde se había metido en política queriendo emular a Sam Houston e independizar ese territorio de México. El intento fracasó y después se le ocurrió hacer algo similar en Amazonas. Hastings se embarcó a Brasil con autorización del consulado brasileño en Nueva York para dirigirse hasta Santarem, pero al llegar siguió

¹¹ Wood, con el apoyo del gobierno brasileño, reservó un lote de tierras y regresó a EE.UU. en enero 1866 para concretar el reclutamiento y viaje de inmigrantes pero nunca más volvió. Wood escribirá un libro sobre sus experiencias en Brasil que publicó a su regreso a EE.UU.

más allá hasta Manaos. También se reunió con el Ministro de Agricultura y con el Presidente de la provincia de Pará con el objeto de que le validaran el establecimiento de la colonia confederada en Santarem. Finalmente, y después de varios intentos, convenció a algunas decenas de confederados para ir a dicha colonia pero Hastings murió en el viaje; pese a esto, el grupo pudo llegar a las tierras concedidas a Hastings y establecer su colonia la cual subsistió por lo menos hasta 1940, si bien que entre grandes dificultades.

El promedio de extensión de las tierras entregadas a cada colono fue de 17 hectáreas, aunque ésta podía variar dependiendo del tamaño de la familia del colono y de su experiencia como agricultor, cuando el promedio en el Viejo Sur del que venían era de 108 hectáreas¹².

Las autoridades brasileñas estaban muy entusiasmadas con esta inmigración pues, a diferencia de otras fracasadas experiencias colonizadoras, pese a la ayuda gubernamental, estos confederados reunían un perfil socioeconómico y ocupacional más elevado, en comparación con el inmigrante tradicional, generalmente proveniente de Europa, pero de orígenes muy pobres y sin recursos financieros ni profesionales. Con los confederados se especulaba con la posibilidad de crear un verdadero circuito de economía agraria capitalista que permitiese pagar buenos salarios, lo que estimularía al trabajador rural brasileño¹³, definido como esclavizado por sus circunstancias y desinteresado en incorporarse a dicho circuito; también se pensaba que atraería a inmigrantes europeos de mejor cualificación ocupacional¹⁴. Este conjunto de sinergias motorizaría la economía del país.

Sin embargo, pese a todas estas optimistas predicciones, para 1870, sólo los asentamientos de Santa Bárbara y Santarem existían, los demás habían desaparecido y la llegada de nuevos inmigrantes se había paralizado casi por completo; de hecho, los inmigrantes que llegaron a partir de 1868 ya iban directamente a la colonia de Santa Bárbara. Aunque hubo inmigrantes que se apuntaron a la aventura pensando en dedicarse a otras cosas nada más se bajaran del barco en el puerto de Rio, la gran mayoría de ellos se dirigió a Brasil pensando en dedicarse a la agricultura, incluso aquellos que no habían tenido experiencia en ésta. Muchos se llevaron sus propios aperos y herramientas de trabajo de sus plantaciones y los más potentados estaban dispuestos a invertir en esas nuevas tierras del país de la Cruz del Sur –como les gustaba referirse a Brasil- los capitales que habían logrado salvar del desastre de la guerra norteamericana.

Los inmigrantes al llegar a sus asentamientos sembraron cultivos diversos como maíz, caña de azúcar, papas, arroz y tabaco, además de algunos completamente extraños para ellos como yuca, bananas, frijoles y café, éste último en pleno boom económico. Los inmigrantes anotan que las frutas no eran vistas por los brasileños con un interés comercial, sino básicamente para el autoconsumo, lo que consideraron como una oportunidad adicional para hacer negocios. Con el tiempo aprovecharon para sembrar uvas, nueces y las famosas patillas que los confederados introducirían en el circuito comercial de la economía brasileña,

¹² John C. Dawsey, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 155-175.

¹³ “*But bye and bye when one and other found out that a week labor really meant a week of money, and that the work was really there, and the constant master there too to pay the money for the work, then the laborer began to comprehend his real position better. One told the other how the case was, how the remuneration for his toil really glittered in his hand, on pay-day, and how he really earned his bread and independence; and very soon disinclination gave place to willingness, and all wanted to come and learn to work, and get their money as their friends were doing. Now once establish a good fixed employing class, such as a good army of your cotton-growers would be, and you will quickly have a good fixed laboring class*”, en Ballard S. Dunn, *Brazil, Ob. Cit.*, p. 215.

¹⁴ “*(...) the industrious Portuguese that carry their earnings and their labor home again, may be induced to devote these earnings to a profitable culture, and form homes for themselves; and agricultural immigrants will find in it that desideratum of the class, the means of procuring money with the annual first fruits of their labor*”, *Ibid*, pp. 225 y 226

gracias a los no menos famosos carros de transporte con ruedas de metal, tecnología traída por ellos mismos. En efecto, hasta su llegada, el Brasil no conocía sino los carros con ruedas de madera que eran mucho más lentos y menos resistentes, por lo que la introducción del carro con ruedas de metal fue un verdadero aporte al sistema de transporte brasileño.

Pero el cultivo estrella por el que miraban a la tierra los escrutadores ojos confederados era el algodón. El algodón tenía en la década de 1860 unos precios internacionales muy altos por lo que los conocimientos y experiencia de los confederados fueron altamente apreciados. De hecho, uno de los agentes exploradores y líder de uno de los asentamientos, William Norris, fue contratado por un hacendado paulista para enseñar técnicas agrícolas a los trabajadores de su hacienda; al igual que otros confederados también fueron empleados por hacendados brasileños, y el propio gobierno como capataces y asesores. Los nuevos y más modernos equipos para el arado de la tierra que llevaron los inmigrantes, desconocidos en Brasil, permitieron mejorar las tierras ya en cultivo al hacer un mejor uso de sus nutrientes, e incorporar otras nuevas hasta entonces baldías. Según su apreciación, los brasileños sembraban como lo hacían los indios antes de la llegada de los portugueses, sin ningún nuevo adelanto o mejora de las técnicas agrícolas.

Los agentes exploradores confederados opinaban que el negocio del algodón, con estas técnicas de arado, herramientas y transporte de su aporte, podía ser más importante que el del café y que también era mejor que éste porque su cultivo es eventual y no perenne como el café, por lo que se puede salir del negocio en cualquier momento sin asumir costos de salida. Además, consideraban que el algodón se adaptaba bien a las capacidades del trabajador blanco y del pequeño propietario, como era el perfil social promedio de los inmigrantes confederados, en el que los niños y mujeres pueden participar en su siembra y cosecha sin grandes riesgos para su salud ni grandes esfuerzos. Adicionalmente, bien cultivado con estas nuevas técnicas de arado, no empobrece tanto el suelo como el café, por lo que no obliga a su hacendado a adquirir nuevas tierras ni a deforestar o expulsar a otros pequeños propietarios vecinos, lo que supone una ventaja social al reducir las posibilidades de conflicto por la posesión de la tierra.

En conclusión, todo parecía indicar que el algodón sería una verdadera mina de oro para los confederados por tener en las tierras de Brasil rendimientos muy superiores a los de EE.UU. y por estar en capacidad de pagar buenos salarios a los jornaleros, dados los altos precios de venta en el mercado internacional y los bajos costos de producción. Además, los hacendados brasileños muchas veces no sabían exactamente la extensión de sus propiedades pues no practicaban estudios de topografía y nivelación de las mismas para perfeccionar sus siembras, por lo que si se introducían también estas técnicas la productividad se incrementaría.

En lo que se refiere a la cría de ganado, refieren la presencia de buenas razas bovinas, ideales tanto para carne como para leche, con lo que podrían comenzar la fabricación de mantequilla, producto éste muy añorado por los confederados pero casi inexistente en la dieta brasileña. Observan que los hacendados brasileños no siembran pasto, sino que dejan que el ganado pade de manera silvestre, por lo que si se incluye una siembra planificada de pasto, como ellos sabían, los rendimientos en la cría podrían mejorarse. También mencionan la cría de pollos y la existencia de abundantes y baratas mulas y caballos, ambos equinos muy necesarios para el cultivo del algodón. Los confederados también eran admirados por la destreza y facilidad con la que controlaban a los caballos.

Esas miradas confederadas también detallarían la presencia del índigo, del cual expresan no se sacaba provecho económico alguno, y de la gran variedad de maderas existentes para la fabricación de edificaciones, mobiliarios y barcos. No ven siembras de trigo, lo que les extraña pues sabían que la harina de trigo era usual en Brasil, por lo que deducen que puede ser una posibilidad adicional de cultivo. Lo que también vieron fue el

enorme potencial minero, enumerando posibles yacimientos de hierro, plomo, mármol, granito y de canteras.

¿Por qué, entonces, fracasaron? Contrasta tan rápida derrota con la información proporcionada por los agentes exploradores, las opiniones favorables provenientes de otros estadounidenses que ya se encontraban en Brasil desde antes de la guerra, con las ayudas prometidas por el gobierno brasileño en la cabeza del mismo emperador Pedro II. Ciertamente que éstas últimas no llegaron con la prontitud esperada o, simplemente, nunca llegaron, pero muy traumáticos tuvieron que haber sido las calamidades de la naturaleza que afectaron tanto las cosechas de los colonos, como su salud para que la mitad de éstos abandonasen su proyecto y regresasen a EE.UU. en apenas dos o tres años.

De la lectura de los escritos de Fletcher, Dunn y Sarah Bellona Smith sólo se desprende optimismo y esperanza¹⁵ y, salvo el caso de Smith, que se trata de una historia de vida, los otros dos son de personas que realmente conocieron bien Brasil y con soporte documental de sus comentarios. ¿La realidad superó a la ficción? ¿Se trataba de falsas esperanzas o exageraciones ingenuas cegadas por un deseo irracional de alejarse de los malditos yanquis? ¿Se sobrevaloraron las capacidades de los inmigrantes para superar las dificultades? ¿Se minusvaloraron las dificultades que Brasil les iba a suponer a estos inmigrantes?

Las tres colonias de la ribera del Iguape, aunque cerca del mar, tenían que cruzar importantes montañas, lo que dificultaba la venta de sus productos y la vida en general. En contraste, la construcción de una línea de ferrocarril que pasaba por Santa Bárbara ayudó a que ésta fuese una colonia exitosa. Los confederados en Brasil, a diferencia de los pioneros en el oeste americano, se establecieron lejos de centros poblados y aislados entre ellos mismos, tratando de recrear la tradicional y autosuficiente plantación sureña. La ventaja de estar en un centro poblado es que ya hay algunos servicios disponibles y no es necesario crearlos de cero.

Ni Dunn, ni McMullan, ni Gaston, ni Norris, ni Fletcher mencionan algo sobre el sistema bancario brasileño, la factibilidad de conseguir créditos, las tasas de interés, la política monetaria, etc. Todo parece indicar que se daba por sentado que los colonos iban a costear con su propio capital toda la inversión inicial –salvo el relacionado con la propiedad de las tierras, como ya se ha indicado. Si esto fue así, no tiene nada de raro que si las dos o tres primeras cosechas fracasan debido a condiciones inesperadas, sequías, inundaciones o un brote de malaria, entonces el colono hubiese perdido todo su capital quedándose sin patrimonio alguno que dar en garantía para solicitar un préstamo y poder continuar operando, dado que la tierra aún no la había terminado de pagar.

Ante esta situación, era preferible regresar a EE.UU. arruinado que permanecer en un país extraño como un miserable campesino más. O tal vez, como anticipa McMullan en su carta al ministro de agricultura brasileño, las condiciones de los asentamientos estaban dadas para un inversionista mediano o grande y no para uno pequeño¹⁶. George Barnsley, inmigrante y médico de los colonos de New Texas, escribirá que las principales dificultades fueron el desconocimiento del idioma, las dificultades del transporte, el bajo precio pagado a los oficios técnicos que ofrecían los inmigrantes, las diferencias religiosas y los problemas

¹⁵ “Do not run away to Mexico until I tell you about the real South, this new land under the Southern Cross where a gentleman is treated like a gentleman and there are thousands of rich acres waiting for us progressive farmers. I tell you we are going to empty the Old South for the Yankees, let them have it if they think they know how to run it better than we did. I am taking my family to Brazil, the empire of freedom and plenty”, en Sarah Bellona Smith, *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 26-49.

¹⁶ “The lower Ribeira lands are not suitable for persons of small capital; but for wealthy planters who wish to engage in the sugar business, we know of no other place in the world that would suit them better” en Ballard S. Dunn, *Ob. Cit.*, p. 176.

para practicar sus liturgias protestantes, la imposibilidad de votar y ser electo en política, el disgusto que sentían los inmigrantes por algunas costumbres brasileñas como la poca valoración social que le daban a la riqueza proveniente del trabajo manual y físico, y la añoranza por la patria nativa.¹⁷

Las vivencias y experiencias de los inmigrantes confederados en Brasil

La ciudad de Rio de Janeiro, su primer contacto con la vida en Brasil, impresionó muy favorablemente a los confederados por lo que se puede constatar en las fuentes consultadas. Se la describe como una metrópoli muy bien iluminada y con un excelente servicio de policía, lo que la convierte en una ciudad mucho más segura y ordenada que Filadelfia y Nueva York. Sus avenidas y parques, como Rua da Direita o Largo do Rocio, llaman la atención con grandes árboles, aceras bien adornadas, bancos para sentarse, restaurantes, heladerías, tiendas, sin nada que envidiar a Canal Street en Nueva Orleans, y están tan bien pavimentadas como las de Londres y Viena.

Por supuesto, otras manifestaciones de la vida cotidiana en Rio pudieron haberles parecido exóticas o curiosas. Sus esquinas eran famosas por sus bien surtidos tenderetes vendiendo cachaza, tabaco, carne seca, harina de yuca, vino portugués, frijoles negros, mantequilla importada de Irlanda, cebollas de Portugal, sardinas, jamón, manteca de cerdo traída de USA, manzanas de Boston, etc. La leche se ofrece casa por casa ¡directamente de la vaca! lo que siendo una metrópoli y capital imperial, causó cierta perplejidad a los recién llegados. Encopetados hombres de origen italiano y portugués caminan por sus avenidas, seguidos de uno o más negros portando en sus espaldas baúles, vendiendo telas y sedas a las damas cariocas. Sus restaurantes llevan fama de ser muy finos y caros y cuentan con un mercado municipal muy bien surtido de fruta tropical. Hay vendedores de agua por las calles que suelen ser portugueses de las Azores, y el hielo es un artículo de lujo y sólo encontrado en las grandes mansiones, pues es importado de los EUA.

Dunn y Fletcher se expresan en frecuentes narraciones sobre la extrema amabilidad y camaradería brasileña lo que, según sus mismas palabras, contrasta con lo rígidos e inaccesibles que suelen ser los ingleses. En Rio y otras ciudades, a las mujeres de buena posición les gusta ir a la última moda de París, luciendo sus mejores prendas y joyas, pero señalan que en sus hogares van vestidas de manera bastante sencilla y en el trato personal son modestas y nada presuntuosas. Los caballeros brasileños cuando se cruzan en la calle se prodigan en saludos, preguntando sobre la salud y la familia una y otra vez, se quitan los sombreros y no se los ponen hasta que se despiden. Cuando se da un encuentro entre personas que hace mucho que no se ven, se abrazan muy afectuosamente, lo que Dunn reconoce produce una sensación rara en cualquier anglosajón.

Sin embargo, pese a tanta amabilidad y cortesía, los confederados no dejan de indicar que los caballeros brasileños, si bien talentosos al nivel de cualquier nación, no son muy trabajadores. Aunque algunos se dedican a la literatura y la ciencia, la mayoría vive una vida monótona, con siestas durante el día, charlas en los balcones y reuniones en las noches con alguna visita a la ópera. Parece que ya desde entonces los brasileños tenían una gran afición al juego, a pesar de que había una severa legislación contra los casinos; jugaban mucho a las loterías promovidas por el gobierno para financiar la construcción de templos, teatros y oficinas públicas; en Rio de Janeiro había vendedores de lotería a caballo vendiendo de casa en casa.

Pese a esta tendencia al ocio y al esparcimiento y el buen clima del que disfrutaban, Fletcher se sorprende porque después de las 10 p.m. todos están en casa y las calles de las

¹⁷ William C. Griggs, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 50-65.

ciudades se tornan solitarias, cuando en Europa es común algún tipo de vida social nocturna hasta las 2 a.m. Tal vez este recato tenga que ver con la alabanza que reporta sobre la mesura con la que los brasileños bebían alcohol, aceptando Fletcher la mala fama que los anglosajones llevaban debido a sus borracheras, hasta tal punto que era frase común entre los brasileños referirse a alguien que se había pasado de tragos como “ele esta bem ingles”.

Pero una vez el colono llega a su asentamiento en el interior brasileño, su primera aproximación es con la naturaleza. Causa admiración el tamaño gigantesco de los árboles y la gran variedad de éstos, pocos de ellos antes vistos en EE.UU., así como la excelente calidad de sus maderas. Se muestran alegres de conseguir también árboles frutales, algunos familiares como el manzano, la higuera, el durazno y el peral, si bien que sus frutos no son exactamente iguales a cómo se dan en USA; pero la mayoría de estos frutales descubiertos en Brasil son nuevos para estos inmigrantes, mas no por ello no valorados, pues alaban el sabor de algunas frutas como el cayú y la yabuticaba.

Disfrutaban de las aves de extraños picos, cantos y plumajes, haciendo mención frecuente del tucán que parece haber sido el que más les llamó la atención; y de los monos, que son descritos de distintas formas pareciéndoles unos animales tristes. Ven con cierto deje de aprehensión a chigüires, lapas, dantas, cachicamos e iguanas, al enterarse que sus carnes son incorporadas en la gastronomía nativa; pero la dicha les vuelve al cuerpo cuando encuentran venados, báquiros, perdices y codornices para disfrutar de su cacería, así como también de ríos con abundante pesca. Y son temerosos de la presencia de jaguares y culebras, de unas extrañas hormigas gigantes y de los mosquitos a los que no dudan en calificar de muy fieros. Por último, el clima y las temperaturas son calificados como mucho mejores que en EE.UU. y que en otros países de Suramérica. En conjunto, para los agentes de colonización, los exploradores naturalistas y los nuevos colonos, al menos en sus primeros contactos, la valoración del entorno natural es muy positiva.¹⁸

La construcción de la vivienda sería la inmediata preocupación de los colonos, si bien en algunos casos el gobierno brasileño les había proporcionado una especie de barracones temporales donde alojarse. Les llamó la atención que no se conociese la construcción con ladrillos, sino únicamente con madera y piedras, y que los tejados no tuvieran aleros ni canelones para recoger el agua de las lluvias. Las casas tampoco tenían chimeneas, algo impensable para ellos que estaban acostumbrados a reunirse toda la familia alrededor de éstas al terminar la jornada antes de irse a dormir. Las ventanas tampoco tenían vidrios y se cerraban sólo con madera, algo insólito para estos inmigrantes. Los utensilios para cocinar en las casas brasileñas eran muy rudimentarios pero afortunadamente los confederados habían llevado consigo los suyos, empezando por sus pequeñas cocinillas.

Su gastronomía tendría que adaptarse al nuevo entorno. Se acostumbraron a comer yuca y demás tubérculos desconocidos para ellos; y aprendieron también a fabricar harina de yuca y dulces de bananas. Pero no abandonaron sus platillos tradicionales como la sopa de pollo con arroz, el pan de maíz, los estofados y barbacoas, la tocineta, la mantequilla, las galletas y postres típicos, y el café después de las comidas, tal y como los franceses y españoles lo introdujeron en la Nueva Orleans del siglo XVIII. En otros renglones alimenticios realizaron curiosas adaptaciones para que se parecieran lo más posible a sus costumbres culinarias como en los casos del café, del azúcar y del arroz que los brasileños preparaban y cocinaban de diferente manera. Por adaptar, adaptaron hasta la brasileñísima

¹⁸ “Turning farther, my eyes rested upon the blue mountains of peaceful Brazil, far away interior, where many a silver ricutlet sweetly winds between, and many a lovely valley spreads out its soul-inspiring landscapes, inviting to a land of comfort, my own distressed countrymen, thousands of whom, I humbly trust, will at no very distant day, there bivouac, and learn call it home”, *Ibid*, p. 136.

pinga, la cual procesaron para convertirla en ron de mejor calidad y a un costo de producción más bajo.

Sarah Bellona Smith escribe que aun siendo muy pobres su madre se esmeraba en que fuesen siempre decentemente calzados y vestidos con ropas adecuadas y limpias, haciendo buen uso de la máquina de coser, otro adelanto tecnológico que los confederados introdujeron en Brasil. No sólo en el diario de Sarah, sino también en todas las demás narraciones consultadas, se destaca negativamente el poco cuidado que los brasileños mostraban por sus vestimentas, cuando las vestían, cosa que no siempre hacían, y quedaban asombrados por el hecho de que sólo los hacendados y los burgueses usaran calzado y calcetines.

Hay preocupación por las enfermedades, sobre todo por la malaria. Gaston reporta la presencia muy alta de bocio en el interior del Brasil, lo que atribuye a la naturaleza excesivamente mineral de las aguas que beben de los ríos. Fletcher informa que el gobierno brasileño lleva a cabo campañas de vacunación, aunque apenas en los centros urbanos, y que existen numerosas hermandades y sociedades patrocinadas por la iglesia católica para atender a enfermos, leprosos y huérfanos.

La vida en familia también la observaron distinta. Los colonos se reunían todas las noches, a la luz de las velas o con lámparas de kerosene traídas por ellos desde el Sur y desconocidas para los brasileños, para dar clases a sus pequeños hijos, leer libros y reunirse en familia para interpretar cánticos religiosos. Por el contrario, en las familias de hacendados y burgueses brasileños, los padres tienden a desentenderse de los detalles de la educación y progreso moral de sus hijos, pues el niño es cuidado por una esclava negra de confianza hasta que tiene edad suficiente para ser enviado a una escuela o maestro a tomar clases, prácticas que, según ellos, llevan a la larga a que los niños se desarrollan rebeldes y desobedientes. Por su parte, Fletcher sostiene que los germanos e ingleses son más dados a los sentimientos de hogar con sus charlas y juegos alrededor de la chimenea, mientras que los latinos del sur de Europa son más callejeros porque el clima así se los permite. Reporta también que los brasileños son muy celosos de sus mujeres, lo que atribuye a la herencia mora transportada por los portugueses, por lo que las mujeres europeas y norteamericanas, más independientes, morirían de melancolía en Brasil.

La religión se convirtió para los inmigrantes confederados en un filtro a través del cual analizar las costumbres brasileñas. Tanto así que los confederados en Brasil eran vistos casi como una secta fanática por sus mismos correligionarios protestantes en EE.UU.¹⁹ El aspecto que menos les gustaba de la religiosidad que veían en los brasileños era, precisamente, la falta de ella, lo cual atribuían a que, desafortunadamente, eran parte de una nación católica y, por ende, sometida a los designios avaros, corruptos y supersticiosos de la curia de Roma. Son frecuentes los comentarios sobre las inmensas posibilidades que hubiera podido tener Brasil, con todos sus recursos naturales, de convertirse en una poderosa nación si en vez de haber sido colonizado por un estado católico lo hubiera sido por la nueva iglesia reformada protestante.

Se escandalizan de que los domingos, el día del Señor, no se guarde, y los brasileños se diviertan y hasta trabajen, todo muy distinto a cómo se guarda este día en Inglaterra, Escocia o EE.UU. Sarah Bellona Smith narra muy negativamente unos festejos del día de San Juan a los que asistió en los que contempló un espectáculo lleno fuegos artificiales y de figuras grotescas de animales y efigies, con dos caimanes azuzados a combatir entre ellos hasta la muerte de ambos y dos buques de guerra combatiendo también entre ellos hasta acabar completamente demolidos. Pese a ello, Fletcher, Dunn y otros agentes exploradores, estimaban que Brasil era preferible a las repúblicas hispanoamericanas, pues había una

¹⁹ Wayne Flynt, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 105-115.

mayor tolerancia religiosa, lo cual atribuyen a que Portugal fue menos dogmático que España en materia religiosa.

Fletcher se regodea detallando las fiestas religiosas en las cuales se usaba más pólvora en cohetes que la que utilizan los turcos para defender Constantinopla, y más fuegos artificiales que en toda China (sic): la fiesta de los Reyes Magos –en la que los carniceros regalan carne-, el Sábado de Gloria con efigies de Judas Iscariote atormentadas por todas partes; la celebración del Espíritu Santo cuando las beatas salen a las calles en procesión para recoger dinero para las almas y en el interior del país los indios llevan animales como donativos a los templos en señal de adoración a su santo preferido; la procesión de Corpus Christi en la que se exhibe la figura de San Jorge que es adorado como protector del Imperio y a la cual asiste personalmente el Emperador y toda la Corte, son algunas de las que Fletcher hace referencia sin abstenerse de señalar sus excesos.

También nos describen las formas en que los brasileños socializaban y se entretenían. La que más llama la atención es el carnaval donde la gente se lanza baldes de agua, naranjas y huevos en plena calle. Sarah Bellona Smith narra que a los brasileños les encantaba organizar fiestas y celebraciones en sus casas, a las que los confederados eran invitados, y les ofrecían café, pasteles y otros dulces servidos por esclavos negros. Sarah destaca la gran amabilidad y cariño con los que ellos eran tratados por sus anfitriones brasileños, si bien anota que algunas de las costumbres de éstos en sus casas les hacían enrojecer, como la de quitarse la ropa y quedarse en paños menores o bañarse desnudos en los ríos y las playas sin pudor alguno.

En cuanto al tema de la esclavitud y el hecho racial, tan susceptible en la cultura estadounidense y confederada en especial, aunque en Brasil estaba permitida la esclavitud, muy pocos de los inmigrantes procedieron a comprar esclavos. Existieron algunos casos de colonos prósperos que con el tiempo adquirieron o rentaron haciendas de mediana o gran extensión que ya venían con su respectivo contingente de esclavos, pero fueron casos excepcionales. A los inmigrantes confederados no les causaba mayor trauma esta situación pues entendían su nueva realidad socioeconómica, pero sí les causaba confusión y extrañeza que el color de la piel de los hacendados brasileños propietarios de esclavos muchas veces era ligeramente más claro que el de éstos, o que las ilustres damas brasileñas salían a la calle acompañadas con sus esclavas siendo sólo posible distinguir quién era quién por sus vestimentas, mas no por su color de piel; en pocas palabras: los hacendados no eran totalmente blancos, ni los esclavos totalmente negros.

Pero este prejuicio racista se veía compensado moralmente con las diferencias entre el trato que ellos habían dado a sus antiguos esclavos en el Sur y el trato que observaban se daba a los esclavos en Brasil. Fletcher describe con detalles el tipo de castigos que se les imponía y la vida miserable que muchos esclavos llevaban, sumergidos en el alcoholismo; también informa acerca del alto número de suicidios entre ellos. Fletcher argumenta que esta diferencia en el trato se debía a que el anglosajón puede ser más riguroso en la separación social de las razas, pero es más caritativo y piadoso en su trato con ellas.

Por último, en su contacto con la burocracia gubernamental brasileña, tanto Dunn como Fletcher, indican que había que tener mucha paciencia y no desesperarse, no importa cuán absurda puedan parecer las regulaciones administrativas y las decisiones de los funcionarios, pues en Brasil las cosas van despacio: *espere un poco, venga mañana* son expresiones con las que el confederado tendrá que acostumbrarse y que atribuyen a la herencia cultural portuguesa. Tampoco era infrecuente la corrupción, que creen es debida a los bajos salarios que cobraban los funcionarios públicos, si bien se señala que había venido disminuyendo.

Al día de hoy

Los colonos que quedaron en Santa Bárbara y Santarem acabaron por integrarse en la sociedad brasileña y con el pasar del tiempo asumirán sus problemas y logros. Aceptaron la caída de su querido emperador Pedro II, el advenimiento de la República y la abolición de la esclavitud, sin presentar queja pública alguna. Algunos continuaron con sus actividades agrícolas, si bien que cada vez con menor éxito dado el fin del boom del algodón. Otros marcharon a las ciudades a ejercer algún oficio, siendo especialmente exitosos los dentistas, hasta tal punto que durante muchos años en Brasil fue símbolo de modernidad y estatus acudir donde un “dentista americano”. También los hubo que sacaron beneficio de su bilingüismo portugués-inglés para conseguir empleo en las compañías estadounidenses que comenzaron a instalarse en Brasil, después de las dos guerras mundiales. Por último, otros emigrarían a EE.UU. en la esperanza de encontrar un mejor presente y futuro en el país de sus padres y abuelos.

Entre los aportes que la inmigración confederada dio a la sociedad brasileña se encuentran los ya citados sobre las técnicas y herramientas de uso agrícola e incorporación de nuevas variedades de cultivos, uso de materiales y diseño para la construcción de viviendas, mejoras en los vehículos de transporte terrestre, utensilios para el hogar y la manufactura de alimentos (p. ej., el molinillo de café, la lámpara de kerosene, la cocinilla, el molinillo para picar carne, distintos procedimientos para la manufactura y procesamiento de azúcar, arroz y ron de mejor sabor y apariencia) y el recién referido auge de la dentistería. Hubo incluso hasta aportes de nivel mundial gracias a los inmigrantes confederados y sus descendientes: la creación de la bebida refrescante de marca comercial Orange Crush, la hojilla de afeitar Williams y la compañía transnacional farmacéutica The Sidney Ross –hoy adquirida por Glaxo Smith Kline²⁰.

Pero hay un aporte que aún siendo menos masivo resultó ser importante: la educación. Los reverendos protestantes que fueron llegando de EE.UU. atendiendo los ruegos de los inmigrantes confederados, no sólo se limitaron a prestar sus servicios religiosos en los asentamientos de éstos, sino que aprovecharon también para predicar entre los nativos brasileños. En este empeño religioso, presbiterianos, bautistas y metodistas fundaron escuelas para los hijos de los confederados pero también para los hijos de los brasileños, llegando a ser muy famosas por su alta calidad educativa, hasta tal punto que escuelas protestantes en vez de enviarlos a las tradicionales escuelas católicas.²¹ las familias burguesas de orientación más progresista, preferían enviar sus hijos a estas

Esto que nos puede parecer extraño, se entiende al conocer los estrechos contactos personales entre los agentes exploradores confederados, con políticos importantes y hombres de negocios brasileños de ideología positivista. Entre éstos cabe resaltar a Aurelio Candido Tavares Bastos, fundador y presidente de la Sociedad Internacional de Inmigración, y a Joaquim Maria Saldanha Marinho, presidente de las provincias de Minas Gerais y Sao Paulo en el momento de la llegada de los confederados. Entre el círculo de amistades de Bastos y Marinho, bien sea por lazos políticos, sociales, económicos y, sobre todo, ideológicos -vale decir, liberales, positivistas o masones- se encontraban otras importantes personalidades brasileñas como el Vizconde de Rio Branco.²²

²⁰ Associação dos Descendentes de Confederados Americanos na Amazonia. en <http://asdecon.blogspot.com.br/2012/12/os-confederados-um-marco-no.html>, refiriendo la obra de Norma Azevedo Guilhon, “Confederados en Santarem”, Coleção História do Para, Serie Arthur Vianna, Belem, Brasil 1979

²¹ James M. Dawsey y Cyrus B. Dawsey, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 84-104.

²² Laura Jarnagin, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 66-83

Estos políticos y magnates pensaban que promoción de la inmigración y la colonización estaba en consonancia con sus propósitos políticos de introducir en la sociedad brasileña medidas de corte liberal, tales como la desregulación del comercio, el desarrollo del Amazonas, la abolición de la esclavitud, la procura de mano de obra calificada y la total libertad de cultos. En este empeño, veían a los confederados como sus aliados, lo que a primera vista puede parecer contradictorio dado el sentimiento pro-esclavista y la admiración que muchos de éstos profesaban por el gobierno imperial brasileño. Pero los confederados traían consigo dos ideas políticas de gran interés para los liberales brasileños: 1) su fuerte sentimiento a favor de la autonomía política de los estados y la descentralización; 2) la libertad de cultos y de educación. No es extraño, por tanto, que las escuelas protestantes contaran con el decidido apoyo de influyentes personajes de la política e intelectualidad brasileñas²³. Para 1930, Brasil era después de China el país que recibía mayor ayuda económica de las iglesias metodistas de EE.UU.²⁴ Importantes intelectuales brasileños como el historiador Jose Artur Rios y el antropólogo Gilberto Freyre, consideran que las contribuciones más importantes que los inmigrantes confederados hicieron a la sociedad brasileña, tuvieron que ver más con su mentalidad, centrada en la cultura del progreso y de la innovación, de la acción y del esfuerzo –no en balde los brasileños tildaban a los confederados de adictos al trabajo–, y con sus valores como el amor por la libertad.

En comparación con otros grupos de inmigrantes europeos que llegarían después, los confederados mantuvieron por más tiempo su idiosincrasia cultural, tal vez por su mismo aislamiento rural. Los traumáticos motivos que tuvieron para emigrar posiblemente también jugaron un papel en el fortalecimiento de la solidaridad entre ellos: conservaron su lengua inglesa con el acento sureño que mantienen hasta hoy²⁵, crearon su propia sociedad cultural en 1954²⁶, mantienen un centro comunal²⁷, y celebran el 4 de julio con la bandera de la Confederación.

Bibliohemerografía

ASSOCIACAO DOS DESCENDENTES DE CONFEDERADOS AMERICANOS NA AMAZONIA, <http://asdecon.blogspot.com.br/2012/12/os-confederados-um-marco-no.html>

DAWSEY, Cyrus B., “A community center. Evolution and significance of the Campo site in the Santa Bárbara settlement area” en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 138-154

DAWSEY, James M., “The Methodists. The Southern migrants and the Methodist mission”, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 116-137

²³ Pero también tuvieron una fuerte oposición de la jerarquía católica brasileña. Ver Dayane Damacena Rodrigues, “Querelas envolvendo a disseminação do evangelho protestante e as doutrinas ultramontanas de Dom Macedo Costa (1863-1873)” en *Revista Brasileira de História das Religiões*.

²⁴ James M. Dawsey, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 116-137

²⁵ Michael B. Montgomery y Cecil Ataíde Melo, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 176-190

²⁶ Fraternidade Descendência Americana en www.fdasbo.org.br

²⁷ Cyrus B. Dawsey, en *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 138-154

DAWSEY, John C., “Constructing identity. Defining the American descendants in Brazil”, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.), *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 155-175

DAWSEY, Cyrus B. y DAWSEY, James M., “Leaving. The context of the Southern emigration to Brazil” en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 11-23

DAWSEY, James M. y DAWSEY, Cyrus B., “The Heritage. The Confederados contributions to Brazilian agriculture, religion and education” en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 84-104

DUNN, Ballard S., *Brazil, the home for Southerners*. New York, USA, George B. Richardson, 1866

FRATERNIDADE DESCENDENCIA AMERICANA, www.fdasbo.org.br

FLETCHER, James C. y KIDDER, D. P., *Brazil and the Brazilians*, Boston, USA, Little Brown and Company, 1868, 8a. Edition.

FLYNT, Wayne, “The Baptists. Southern religion and émigrés to Brazil, 1865-1885” en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 105-115

GRIGGS, William C., “Settling. Migration of the McMullan colonists and evolution of the colonies in Brazil”, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.), *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, pp. 50-65

HARTER, Eugene C., *The lost colony of the Confederacy*, Texas A&M University Press, USA, 2000.

HORTON, Justin G., “The second lost cause: post national confederate imperialism in the Americas”, *Electronic Theses and Dissertations*, Paper 2025, en <http://dc.etsu.edu/etd/2025>

JARNAGIN, Laura, “Fitting in. Relocating family and capital within the nineteenth century atlantic world economy; the Brazilian connection”, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 66-83

MONTGOMERY, Michael B. y ATAIDE MELO, Cecil, “The preservation of Southern speech among the colonists”, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 176-190

RODRIGUES, Dayane Damacena, “Querelas envolvendo a disseminação do evangelho protestante e as doutrinas ultramontanas de Dom Macedo Costa (1863-1873)”. Anais do III encontro nacional do GT historia das religioes e das religiosidades. *Revista Brasileria de Historia das Religioes*. Maringa, PR, v.III, n.9, jan. 2011.

En <http://www.dhi.uem.br/gtreligiao/pub.html>

SMITH, Sarah Bellona, “The American colonies emigrating to Brazil, 1865”, autobiográfico, en Cyrus B. Dawsey y James M. Dawsey (eds.) *The Confederados. Old South Immigrants in Brazil*, Tuscaloosa, Alabama, USA, The University of Alabama Press, 1995, pp. 26-49